

Del miedo a la poesía

Piedad Bonnet

Hace algún tiempo, un crítico literario sugería que mi obra poética era una obra tardía. Aunque este crítico ignoraba que mi primer libro, aparecido en 1989, a la edad de treinta y ocho años, se había ido escribiendo durante diez años, en realidad tenía razón: llegar a la poesía después de los 25 es llegar tardíamente a ella. Recuerdo que en mis épocas de estudiante se tenía el convencimiento de que los grandes poetas han sido siempre precoces, como en el caso de Rimbaud, mientras que los grandes genios de la prosa suelen ser hombres en la plena madurez, como Cervantes. Bastarían unos cuantos ejemplos para desvirtuar tal creencia, pero es innegable que a la poesía se suele llegar, tanto en el terreno de la creación como en el de la simple pasión de la lectura, de forma generalmente temprana.

En mi caso particular, mi relación con la poesía se dio prácticamente en la primera infancia. En *El tesoro de la juventud*, obra importantísima en la vida de muchos latinoamericanos hoy cuarentones, bebí a mares poemas patrioterros o aleccionadores y las más cursis y relamidas muestras de la poesía española y latinoamericana. Sin embargo, de vez en cuando, entre los escritos de Bretón de los Herreros, José Flamenco y Campoamor, se colaban poemas de Martí, Rubén Darío y del mismísimo Shakespeare. No creo, de todas maneras, que fueran éstos los que llamaran mi atención, pues no eran aptos para ser recitados, abominable costumbre que las mamás inculcaban todavía a sus críos en aquellas épocas. Y, sin embargo, como el mismo García Márquez lo afirma, no es imposible que por la vía de la mala literatura se llegue a conocer la buena. Y así fue como años más tarde, al filo de la adolescencia, pasé de leer a Rafael de León, y Germán Berdiales, o de sorprenderme ingenuamente con las *boutades* de Gonzalo

Arango, a conocer a algunos de los mejores poetas modernos. Y digo algunos, porque dos factores me impidieron acceder, tan pronto como hubiera sido deseable, a los grandes nombres de la poesía contemporánea: el deslumbramiento con el *boom* y la total dedicación a la lectura de sus narradores, y el miedo al lenguaje hermético y experimental de buena parte de la poesía contemporánea. Fue necesario que pasaran todavía unos cuantos años para que me le midiera a la empresa de leer y gozar a Vallejo, a Eliot, a Mallarmé... y comprendiera finalmente que la poesía verdadera es algo más que versos que estimulan la sensiblería. Y otros cuantos para que me arriesgara al decidido ejercicio de la creación poética. De este miedo a la poesía contemporánea, no superado por un gran número de buenos lectores de literatura, es del que me gustaría hablar en este artículo que tan impudicamente he comenzado valiéndome de mis experiencias personales.

Así como unos cuantos le podemos temer a la cibernética o a la simple electrónica, hay quien se espanta y huye para siempre de los terrenos poéticos cuando ve un poema que comienza "Alfan alfiles a adherirse/ a las juntas, al fondo, a las testuzas...". El resultado es gente que afirma: "Yo nunca leo poesía"; y otros, más explícitos: "Es que yo de poesía entiendo muy poco". Por otra parte, es fácil comprobar que la poesía vende poco en las librerías. Y es desde la segunda mitad del siglo XIX cuando no sólo la poesía, sino también el arte plástico y la música se han ido convirtiendo en un privilegio de minorías.

¿Son el arte, la poesía, la música misma del siglo XX, los culpables del ahondamiento irreversible de la brecha entre el artista y el público? Sin duda mi respuesta es: Lo son, pero sin alternativa posible. Pues esa

inclinación hacia lo oscuro e impenetrable es, en muchos casos —mas no en todos—, el resultado no de un gratuito experimentalismo sin fundamento, sino de una lucha desesperada por expresar el espíritu contradictorio de una época en que ya no hay centralidad y cuyo signo es la fragmentación. El problema radica, sin embargo, como tan bien lo señaló Mircea Eliade, en que las extravagancias vanguardistas y la ininteligibilidad de ciertas obras contemporáneas han creado fatalmente el privilegio exclusivo de lo dificultoso, y en que un miedo atroz persigue tanto al hombre del común como al experto: el de no ser lo suficientemente “avanzados” para entender en su momento la genialidad de una obra incomprendible. El resultado es que

toda innovación se la declara de antemano genial por decreto y se iguala a las innovaciones de un Van Gogh o de un Picasso, ya se trate de un anuncio hecho de tiras o de una lata de sardinas firmada por el artista.

Lo mismo sucede con lo concerniente al sentimiento. Quizá por reacción, un bandazo que se prolonga demasiado ha hecho caer la poesía de nuestros días en un intelectualismo tal, que toda emoción provocada por el poema es mal vista y revierte sobre su autor, a quien se tacha de forma implacable de efectista o sentimentaloides. Así que al miedo a no entender ha venido a sumarse el miedo a sentir. El sano lector, que por otro lado tiene una inmensa cantidad de opciones en la novela, el cuento y el ensayo, opta por batirse en retirada y renunciar a la explicación del mundo poético contemporáneo.

Ahora bien, ¿es deseable que la poesía llegue a un público más amplio, que deje de ser para una élite? En realidad, tanto el arte como la literatura son y serán siempre para una minoría. Como se deduce de las opiniones de Borges, el hecho de que uno de los grandes placeres de la humanidad sea el fútbol nos permite pensar que es poco probable que la humanidad se interese algún día, mayoritariamente, por el arte y la literatura. Pero, ¿es eso realmente lamentable? Sinceramente creo que no. Calidad y popularidad no son cosas que fácilmente se lleven bien. Como dice el mismo Borges en una de sus características salidas, “*Aeropuerto o Papiilon* se venden mucho, pero nadie cree que sean superiores a la obra de Virgilio”. La gente compra libros como si fueran diarios, ¿pero quién juzga un telegrama de la agencia Reuter superior a un diálogo de Platón? Lo cual no quiere decir, sin embargo, que no sea deseable que el público lector de poesía se amplíe en lo posible. No porque la poesía vaya a salvar o ni siquiera a transformar el mundo, como ahora se ha dado en decir, sino porque sensibilizarse al lenguaje de la poesía equi-

vale a ampliar el aspecto visual, auditivo, sensorial, y a ampliar también las resonancias del alma, arriesgarse a profundizar en los terrenos del espíritu. La poesía cura del aletargamiento, afina la percepción, agudiza el sentido crítico. La poesía es una forma particular, estremecedora, del conocimiento. ¿Y no será más viva una juventud en contacto con el lenguaje ambiguo y siempre sorprendente de la poesía que aquella cuyo mundo se reduce a la visión simplificada de los medios, a sus banales lugares comunes dictados por la costumbre?

La poesía es para una minoría, tal vez, pero para una minoría que se ha hecho tal en la medida en que ha sabido abrirse a un universo de lenguaje que le permite penetrar unos aspectos del mundo que permanecen ocultos para los que llevan prisa o dormitan como ostras. Esta minoría parte de la convicción de que hay maneras de entender que no son exclusivamente racionales, que hay que abandonarse a las sugerencias del lenguaje y a la intuición, y dejar en libertad la imaginación y la fantasía. Es posible que cierta literatura contemporánea requiera un esfuerzo mayor para ser penetrada, pero es un error pensar que para acceder a ella el único camino es ir a las universidades o a las academias. Un buen maestro, sensible e imaginativo posiblemente abreviará el camino, establecerá relaciones, enmarcará a los autores en sus contextos y esclarecerá sus poéticas, si es que éstas existen. Pero también sin maestros debe poder leerse la poesía, esa forma tan particular del gozo. (No olvidemos que el miedo a la poesía se ha apoderado también de las facultades de literatura: por una cátedra de poesía hay diez de narrativa y teoría literaria, pues, o también los maestros han renunciado a su lectura o, no sin cierta razón, temen estropear el poema al acercarse a él y “disectarlo”. Y es innegable que es preferible la omisión al crimen de reducir la poesía a unos cuantos tropos que el estudiante debe clasificar y nominar).

Pasado ya tanto tiempo después de la fiebre de experimentación de las vanguardias, es necesario abandonar el prejuicio contemporáneo de que sólo es bueno lo arduo o lo aparentemente ininteligible. Al arte sólo le obliga ser honesto. Ni el poeta puede hacer concesiones en busca de lectores, ni es mejor si su público se reduce a un pequeño grupo de especialistas. Lo ideal sería, en lo posible, desterrar el miedo a la poesía. Y para tal efecto, es necesario que la poesía se haga humilde, reconozca que no es sacerdote de ningún culto, y arriesgue siempre su seguridad en la búsqueda creadora. Y que el desconcertado lector, vapuleado por la publicidad y emperizado por la televisión, se apreste, inocente pero no perjudicado, abierto de espíritu pero no ingenuo, a entrar de lleno en la aventura poética.